



## PROGRAMA 2

El segundo programa de la Primera Temporada 2015 de la OFUNAM será uno de los momentos culminantes de la misma, con el regreso como director huésped del aclamado director mexicano ENRIQUE DIEMECKE y por la interpretación de la monumental **Octava Sinfonía** de ANTON BRUCKNER, cumbre absoluta del género que, unida a sus otras creaciones, convierten al autor en el más grande sinfonista después de Beethoven, aún más allá de la sinfonías inobjectables y perfectas de Johannes Brahms.

Gran organista de la Corte Imperial vienesa, maestro de armonía y contrapunto en el Conservatorio y en la Universidad de Viena (maestro y guía de destacados músicos de su tiempo), Bruckner entró tardíamente en la composición de obras de gran formato y contenido; pero siempre creó sinfonías profundas y grandiosas, algunas con el trabajo de contrapunto más complejo y perfecto que se haya elaborado desde Johann Sebastian Bach.

Pero, Bruckner empleó gran parte de su tiempo en revisar y corregir, transformar y sustituir, en cada una de ellas, su feroz autocrítica e inseguridad le impidieron que lograra componer un mayor número de sinfonías o incluso terminar la última, la inconclusa Novena, que seguramente hubiera significado un parteaguas en su vida creativa. Tampoco tuvo mucha suerte con los estrenos de su obra sinfónica que fue condicionada sin piedad por la incomprensión de sus amigos músicos que no aceptaban sus ideas musicales, tan tradicionales como innovadoras.

Pero la **Octava Sinfonía** significó su máximo triunfo en vida, la obra que recibió la más amplia aceptación en su estreno y que pronto logró ser tocada en diversas ocasiones, a diferencia de la mayoría de sus otras creaciones sinfónicas que nunca logró escuchar pues no fueron estrenadas durante su vida o fueron interpretadas por directores que no las entendían y músicos de regular nivel. Parafraseando a Mahler, también el tiempo de Bruckner tendría que llegar.

La obra comienza con un primer movimiento inquietante y dramático que expresa la cercanía de la muerte, según el compositor “el reloj que marca los pasos de la muerte. El segundo, en una afortunada inversión de los movimientos centrales, es un *scherzo* plétórico de la vitalidad bruckneriana. El adagio es el más extenso, profundo y sublime movimiento compuesto por Bruckner pleno de constantes culminaciones sonoras que se alternan con una profunda reflexión. El último movimiento es

solemne y grandioso, también muy contrastante y con el más sorprendente final en el que se escuchan simultáneamente casi todos los temas que se han escuchado en la sinfonía.

La **Sinfonía No. 8** lleva a su máxima expresión todas las características fundamentales del autor:

Ahí están su concepto monumental, la compleja estructura de tres temas principales en cada movimiento, temas sencillos y de una belleza inédita que ya acusan la indudable influencia de su venerado Wagner, pero cuyo desarrollo extenso y envolvente le dan esa apariencia de complejidad y de dificultad para adentrarse y familiarizarse con ellos.

También la grandilocuencia sonora, lograda por su ingenioso manejo de una orquestación que no va más allá de la instrumentación clásica, si acaso con algún mínimo refuerzo en alientos, pero cuya sonoridad, con esos exuberantes bloques sonoros, además de ser equiparada con la de un gran órgano, ha propiciado que las sinfonías de Bruckner sean comparadas con las majestuosas catedrales europeas.

La reiteración de sus temas con sus enigmáticas pero expresivas pausas y silencios y el continuo contraste de los frecuentes cambios de *tempo* y de la dinámica sonora que parecen anunciarnos la culminación del movimiento o de la obra y que Bruckner detiene y posterga interminablemente, son también parte indudable del lenguaje musical de este compositor: expresión de su inseguridad, dicen unos; reiteración de su caprichosa pero desbordada inventiva, aportan otros.

Aunque el canto a la naturaleza, está presente siempre, sobre todo, en el bucólico *scherzo* de cada sinfonía, lo más trascendente de la música Bruckneriana es la expresividad mística y la espiritualidad eminentemente religiosa que se escucha casi en cada momento de cada sinfonía pero sobre todo en la profunda meditación de sus extensos y melancólicos adagios –que son también el más definitivo legado, tal vez el único real, para su alumno Gustav Mahler, cuya comparación entre ambos se ha convertido en otro polémico mito, pues el proceso de construcción de Bruckner y de Mahler, sus armonías y tonalidades habituales, la orquestación y otros aspectos musicales, excepto los extensos y totalizadores adagios, no sólo los hacen diferentes sino opuestos. Si las grandes sinfonías de Mahler representan una experiencia existencial, las sinfonías de Bruckner son, por su parte, una experiencia mística, llena de sentido religioso; aunque por supuesto, ambos pueden escucharse como expresiones musicales puras y abstractas.

La influencia de Wagner que sin embargo, se convirtió en un mito por la veneración que Bruckner sentía por el gran revolucionario musical del siglo XIX. Si bien Bruckner llegó a citar unos pocos compases de Wagner en alguna de sus sinfonías y utiliza las llamadas tubas wagnerianas en las últimas sinfonías, la influencia de éste está totalmente dosificada y asimilada al lenguaje de Bruckner, ya que ni la música de este se parece en esencia musical y sonoridad a la de Wagner ni en la obra de éste, casi absolutamente operística, encontraríamos si lo buscáramos un solo pasaje que se

asemeje a cualquier momento bruckneriano, ya que el gran sinfonista la asumió y la hizo suya, incorporándola a su propio género favorito y creo su propio lenguaje musical y su estilo y orquestación inconfundibles

ENRIQUE DIEMECKE, quien hace varias décadas fue director titular asociado de la OFUNAM, siempre se ha caracterizado por su afinidad con el estilo de los compositores del post-romanticismo, como Bruckner y Mahler, entre otros y por ello será el intérprete ideal de este excepcional par de conciertos (24 y 25 de enero de 2015) para conducir a la OFUNAM por los vericuetos del mundo de ANTON BRUCKNER con su complejo concepto intelectual, que sin embargo, por la belleza de su música y su mensaje espiritual, fue concebida para la satisfacción de los sentidos y la exaltación del espíritu.